

puerta. ¡Necia humanidad! ¡A la calma del placer le llamas ociosidad! ¡te hastía que los pesares del mundo no hayan desgarrado tu corazón, dejas el fértil vergel y corres alegre á precipitarte en el abismo!

¡Miseria humanidad! ¡Mal te comprendes todavía!



CAPITULO VI

¡ADIOS!

Si el lector tiene buena memoria, recordará que hemos dejado en el capítulo primero á Gil Gómez, después de haber vencido á "Leal" en lucha de astucia, corriendo á dar parte á Fernando del resultado de su misiva.

Era la media noche: la luna después de haber luchado durante algún tiempo con las nubes que intentaban velar su brillo, había aparecido por fin, fulgorosa y radiante, iluminando con su, cuanto pálida, suavísima luz, la extensión de los silenciosos campos de San Roque: Fernando y Gil Gómez, después de haber descendido del ventanillo del aposento del último, salvaron con precaución la pequeña tapia que limitaba el jardín de

la casa de Clemencia, y se deslizaron sin hacer el menor ruido hasta una especie de senador, ó más bien invernadero que el Doctor había hecho construir allí. Más de un cuarto de hora esperaron sombríos, preocupados, sin hablarse una palabra, hasta que por fin Fernando interrumpió el silencio, diciendo á Gil Gómez.

—Son cerca de las doce y media; ¿qué habrá sucedido á esa pobre niña?

—Acaso le sea imposible salir al jardín todavía, respondió Gil Gómez.

—¿Dices que le has entregado mi carta en su propia mano?

—Por supuesto, y por cierto que con algún trabajo.

—¿Y nada te dijo?

—Nada, porque por ese bribón de perro me dejó con la palabra en la boca; sólo me dió cortesmente las gracias.

—¡Oh! ¡cuánto la amo! exclamó Fernando con entusiasmo, siguiendo esa vaguedad del pensamiento de los amantes al hablar del objeto amado.

—Sí lo creo, murmuró la ónicamente Gil Gómez.

—¿Y qué harás tú? ¿qué haré yo? ¿qué haremos, hermano mío, separados, dijo Fernando con expresión de angustia.

—En cuanto á lo que haré yo, bien me

lo sé; porque desde ayer tengo formado mi plan.

—¿Qué plan es ese?

—Ya lo sabrás en el camino, respondió Gil Gómez con expresión de misterio.

—¿En el camino?

—Sí, en el camino.

—¿Y cómo?

—¡Oh! eso es cuento mío, dijo Gil Gómez.

—Misterioso cual nunca estás esta noche conmigo.

—Un poco.

—Es extraño, cuando nunca hemos ocultado el uno al otro ni un pensamiento.

—Sí, es extraño; pero ese franco y buen Brigadier, tu tío, ha venido sin intentarlo, creyendo por el contrario hacer un bien, á trastornarlo todo en la hacienda.

—¡Oh! sí; sus palabras lisonjeras han despertado en mi corazón y en el de mi padre, la ambición, el deseo de brillar, el tedio de esta tranquila vida que hasta aquí había llevado.

—Pero ¿hay cosa más fácil que desistir de este fatal viaje? dijo flemáticamente Gil Gómez.

—¿Y la orden del señor Virrey, y el compromiso contraído con mi tío, y el deseo de mi padre? y...

—Y tu deseo también, Fernando.

—Gil Gómez, tú tienes algo esta no-

che; si te he ofendido perdóname, exclamó Fernando al oír las últimas palabras de su hermano.

—No, Fernando, nada tengo, más que el temor de perderte; nada tengo más que un presentimiento de fatal aguiero para este viaje, dijo Gil Gómez enterrecido; pero ¿has oído? continuó al percibir un ruido ligero, como el de una reja que se abre á lo lejos.

—Sí, y es Clemencia que se acerca, dijo Fernando al distinguir entre el follaje de los árboles del jardín el vestido de la niña, alumbrado por los rayos de la luna.

Gil Gómez se retiró discretamente del senador, yendo á sentarse en un tronco que estaba debajo de la tapia y á alguna distancia.

Fernando, loco, apasionado, salió al encuentro de la niña, conduciéndola al senador, donde ambos se sentaron.

—Clemencia, ¿por qué triste causa nos juntamos! exclamó el enamorado joven.

—Sí; para vemos acaso por la última vez, dijo la hermosa niña con tristeza y con un acento dulcísimo y vibrador.

—¡Oh! no lo digas; ¿por qué para siempre? Si así fuera, no partiría, te lo juró. ¡Clemencia de mi vida!

—La ausencia es el sepulcro del amor, murmuró la niña con desconsuelo.

—Clemencia, ¿lo dices acaso por ti? ex-

clamó Fernando con acento de reproche.

—¿Por mí? ¿por mí? ¿puedo yo acaso olvidar? mira, mira, hace seis horas que he recibido tu carta, y en ese corto tiempo he envejecido de seis años por tanto sufrimiento y tanta lágrima.

—Clemencia, te adoro!

—Te idolatro, Fernando!

—Jamás te olvidaré!

—Mi amor morirá contigo.

Y los dos jóvenes se estrecharon, sintiendo exhalar toda su vida en un beso silencioso que resonó en su corazón.

—Mira, continuó Fernando, si es cierto que nos dejamos de ver un poco de tiempo, en cambio, nuestro corazón se purifica más con la concentración de un pensamiento solo, fijo, eterno, de un pensamiento que es vida de la vida, y al mismo tiempo alimento de la llama inextinguible que nos consume.

—¡Oh! ¿me amarás mucho? ¿me amarás en cualquier lugar donde el destino te arroje, como yo te adoro en este momento, como te adoraré en silencio, todo el tiempo que dure esta fatal ausencia?

—Te idolatraré con toda mi vida, pensaré en ti á todas horas, y aspiraré á la gloria, á los honores, á las distinciones, para venir á ofrecértelas á tus plantas.

—¡Quién sabe! tú vas al bullicio del mundo; allí tal vez te cegará la ambición de gloria, allí encontrarás otras mujeres

que te ofrecerán encantos que no tengo yo, pobre huérfana, educada en la soledad, sin conocer más amor que el tuyo. ¡Oh! ¿para qué te conocí, si había de perderte tan pronto, cuando mi felicidad había durado tan poco, cuando apenas por la vez primera se confundía mi vida con la tuya? Y al decir estas palabras la niña, rompió á llorar amargamente, ocultando su rostro entre las manos.

—Clemencia, dijo con apasionada exaltación Fernando; por el recuerdo siquiera de esos días tan felices que hemos pasado juntos, si algo te vale el juramento del hombre que te adora, no despedaces mi corazón de esa manera tan dolorosa con tu llanto.

—Ya no lloro, no, mira, continuó la niña después de un rato, procurando borrar en vano las huellas de sus lágrimas; mira, ya estoy tranquila acerca de tu amor; un presentimiento me hacía llorar; pero tus palabras me vuelven la calma y la confianza.

—¡Gracias, Clemencia! ¡gracias! me acabas de quitar un peso que oprimía dolorosamente mi corazón.

—Tú serás bueno, ¿no es verdad? tú siempre me amarás al través de la distancia que nos separe; pensarás en mí, en las alegrías como en las tribulaciones; mi recuerdo será tu consuelo; y yo esperaré en silencio, sufriré con resignación

tu separación; pero si ésta durase mucho tiempo, entonces, no lo dudes, Fernando, entonces moriré, dijo la niña con inocente candor.

—Mira, exclamó el joven, abriendo su camisa y enseñando á Clemencia un medallón suspendido á su cuello de un cordón de seda, ¿ves este retrato que formó la primera página del libro de nuestro amor?

—¡Oh! ¡qué triste recuerdo!

—Hace dos años le he llevado sobre mi corazón, y te juro no apartarlo jamás de él mientras esté lejos de ti; ¿quieres un juramento más sagrado aún?

—Basta, basta, Fernando, perdóname si he podido dudar un momento de tu amor.

Y los jóvenes se acercaron hasta juntar sus manos, hasta tocar sus labios, hasta cerrar sus ojos con sus ojos, hasta confundir su aliento, hasta escuchar los latidos de su corazón agitado por el amor; pero por el amor casto, todo espiritualismo, todo poesía, todo silencio, todo resignación.

¡Dormid, jóvenes, en el silencio de la noche! ¡Dormid despiertos y soñando! Soñad por la última vez, adormecidos por ese éxtasis divino, en que los labios se cierran sin exhalar una sola palabra; porque el fuego del interior las vaporiza y las confunde con el aliento de la per-

soma amada, en lo que los ojos no miran, pero derraman lágrimas; en que el oído cerrado á todos los ruidos verdaderos del mundo, sólo escucha músicas lejanas que modulan un nombre, un nombre querido, tantas veces repetido en el delirio de la pasión.

¿Qué pensamiento ocupa vuestro corazón? ¿Acaso un recuerdo? ¿El poema del pasado? ¿Aquellos paseos solos, debajo de la bóveda espesa de los árboles; cuando el brazo se apoyaba indolentemente en el brazo; cuando la dulce atmósfera del presente, serena porque las sombras del pasado habían desaparecido, porque ni la lontananza del porvenir se presentaba aún; solo, mentira campos, luz, cielo, aves, música, misterios; cuando veíais retratada una imagen adorada en las aguas, la imagen de la realidad que á vuestro lado os miraba amorosa; cuando las aves y las brisas pasaban murmurando á vuestro oído en són de música el nombre de la imagen de aquella realidad; cuando la naturaleza toda os decía: "ama y goza?"

¿Soñáis en aquella mirada lánguida, prolongada, adormecedora, que se humedecía al fijarse en la vuestra?

¿Soñáis en aquella sonrisa que el fluido del amor formaba grácil y melancólica á la vez?

¿Aspiráis todavía el perfume de aque-

llas flores que os dió una mano trémula que llevasteis á vuestros labios?

¿Escucháis de nuevo los acentos de aquella música, que un indiferente no hubiera comprendido; pero que para vosotros decían tanto; porque cada una de aquellas vibraciones formaban el eco de un sentimiento, la expresión de una esperanza, el aliento de un suspiro, la traducción de una dulce palabra, y esos sentimientos, esas esperanzas, esos suspiros, esas palabras, formaban el poema de vuestra felicidad; porque vosotros siendo dos os habíais convertido en uno, porque de dos criaturas humanas se había formado un ángel?

¿Soñad y no despertéis, porque al fin sueño es la vida! ¿Soñad y no despertéis, porque al despertar hallaréis la fría realidad, el desengaño descarnado, la duda, la separación dentro de pocas horas, el olvido, el llanto, el adiós!

¿Soñad y no despertéis; porque á la amarilla luz de la verdad, se desvanecerá el encanto de la ilusión, y los recuerdos felices del pasado vendrán, torcedor del corazón, á escarnecerle con una perspectiva de amor que ya no existe; porque el cielo que creísteis hallar en el suelo se trocará en árido y obscuro yermo de pesar; porque las palabras de amor se trocarán en palabras de despedida; el silencio de la fruición, en el silencio del

desconsuelo y el marasmo; las esperanzas en dudas; los suspiros en que exhalabais el aliento aspirado del sér amado, en suspiros de despecho; las lágrimas tibias de entusiasmo y felicidad, en lágrimas abrasadoras de martirio.

¡Soñad despiertos á la ilusión y dormidos á la realidad!

A las cuatro de la mañana los jóvenes se dieron el último adiós, y entre lágrimas, promesas, juramentos y suspiros, se arrancaron de los brazos el uno del otro.

Fernando y Gil Gómez volvieron á la hacienda; mientras que el último se paseaba silencioso en los corredores, el primero se encerró en su cuarto para acabar de arreglar su maleta de viaje, pues dentro de dos horas debía partir. Luego que hubo cerrado con cuidado la puerta como temeroso de ser sorprendido en lo que iba á ejecutar, abrió un cajón de su guardarropa, el más escondido de todos, y comenzó á extraer lentamente los objetos que en él se contenían.

Era uno de esos cajones, relicario de nuestros recuerdos más queridos, que todos nosotros jóvenes, siempre tenemos: allí están reunidas las dulces reminiscencias de la infancia, y las aspiraciones de la juventud; allí los rosarios, los juguetes de niños, y todos esos objetos, en cada uno de los cuales encontramos la ma-

no amorosa y la cariñosa previsión de nuestra muerta madre; allí las memorias más dulces de nuestro país natal, de ese país querido que dejamos para buscar fortuna, nombre, gloria, y que nunca hemos vuelto á ver; allí las impresiones más gratas de la juventud; flores ya secas, que nos dió una mano temerosa; rizos de cabellos que todavía esparcen su suave perfume; cartitas primorosamente dobladas, cuyas palabras escritas apresuradamente con el fuego de la pasión y el temor de una sorpresa, apenas podríamos deletrear, si no comprendiésemos de antemano el pensamiento encerrado en cada una de ellas; pañuelos con una cifra; recuerdos de amigos que se han muerto, se han ausentado ó nos han olvidado; fragmentos de versos; diarios de memorias y confidencias interrumpidas; recuerdos de viajes, de bailes, de días de campo; retratos, y, en fin, ese conjunto que revela todas las esperanzas, los deseos, las ilusiones, las lágrimas de un corazón de veinte años; un guante que nos dejaron como recuerdo de un baile, todavía manchado ligeramente con el vino que formó el juramento de un amor que se disipó con sus vapores; una flor que cortamos en la mañana de un día de campo, y que después de haberse prendido todo el día en un seno, se nos dejó caer en la mano á una simple insinua-

ción; un anillo que cambiamos por otro con un juramento, hoy ya olvidado; el amor bajo todas sus fases, el amor embellecido, porque ya ha pasado y lo perfuman los recuerdos.

Fernando no podía referir todos estos objetos más que á un solo amor, el único que había sentido en su vida, pasada lejos de la bacanal del mundo.

Vosotros, jóvenes de las ciudades, habéis experimentado en vuestra vida muchos sentimientos que se parecen al amor; á los seis años ya jugábais á los esposos con una niña de igual edad; á los diez amasteis á vuestra hermosa prima, á quien ibais á esperar á la salida de la escuela para hablarle furtivamente, sin ser visto; á los catorce os quemabais en dulce fuego por una amiga de vuestra casa, que era ya una joven completa, puesto que tenía cuatro años más que vosotros; á los diez y seis fueron unos amorcillos democráticos, porque á esa edad domina el deseo animal, y á los veinte, ¡oh! á los veinte, son veinte amores á un tiempo; en la mañana vais á ver á la Iglesia á vuestra vecina; en la tarde corréis delirante detrás de un carruaje; en la noche vais al teatro, para no apartar las miradas de un palco, adonde os miran también y os envían graciosos saludos y sonrisas; después en vuestro sueño continúa el delirio y veis

pasar á un tiempo mil imágenes brillantes, que todas hablan á vuestro corazón, ó bien, es una pasión desgraciada, amáis á una joven orgullosa y más rica que vosotros, y que os desprecia, y la amáis, la adoráis desde el rincón de vuestro aposento de colegio, y á ella sacrificáis vuestro amor propio, vuestra dignidad, vuestra reputación, y pasáis una semana entera delirando para salir á recoger el domingo una mirada de desprecio ó una sonrisa de odio, y después, cuando os habíais resignado á esperar un título, una reputación, un nombre que os hiciese superior á ella, para ponerlo todo á sus plantas, entonces ella se casa, y entonces el desengaño, ocupando vuestro corazón, roe y carcome vuestros buenos instintos y vuestros nobles sentimientos, y os hacéis hombres de teorías, y comenzáis á dudar del amor y á cerrar vuestra alma á las dulces afecciones de la vida.

O bien, es un amor dulce, sereno, sin grandes tempestades; vais á pasar una temporada en el campo y allí hay una joven que os mira, que os conduce á los sitios hermosos, que sólo vuestro brazo acepta en los paseos, que os regala flores mirándoos con particular expresión de ternura, que os da celos con vuestras conocidas de la ciudad que casi llora cuando habláis de partir, y á quien conocéis que habéis amado, sólo cuando la

distancia y las conveniencias sociales os separan ya de ella. Y sin embargo, todos esos recuerdos ocupan á la vez vuestra memoria, y pensáis al través de los años con la misma ternura en la niña de seis años, que en vuestra prima, y guardáis con igual cuidado el velo de la amiga de vuestra casa, que el anillo de la costurerita, que las flores de la aldeanita, que las cartas vuestras que os devolvió despedazadas la orgullosa cortesana, que el pañuelo que os dieron en el baile. Pues bien, si habéis podido amar igualmente á veinte mujeres, con un amor de un día, de un mes, de un año á lo más, y si lloráis al separaros de los objetos que os conservan el recuerdo de esos veinte amores, pensad cuánto sufriría, cuánto lloraría el pobre Fernando, al ver pasar ante su vista todas aquellas prendas de un solo, de un único, de un purísimo amor de dos años, pensad cuántas ardientes lágrimas caerían sobre aquellas flores secas, sobre aquellas cartas que sólo le hablaban de Clemencia, y sólo de Clemencia á quien iba á perder. Le pareció que aquellos objetos no debían quedar allí abandonados, y los ocultó en el rincón de su maleta, para poder al menos pensar siempre en el amor de Clemencia, para poder llorar con los testigos de su dicha en cualquier sitio que el destino lo arrojarase.

—Porque así es el corazón humano; Fernando lloraba por una partida que bien podía, si él quisiese, dejar de verificarse; pero habría llorado más si esto hubiera sucedido. Porque así es el corazón: un abismo impenetrable, fábrica de todo lo bueno y de todo lo malo á la vez; hoy se encuentra la ilusión donde mañana el desengaño, ayer lágrimas, hoy sonrisas, mañana tal vez más lágrimas.

A las seis de la mañana llamaron á la puerta del aposento; Fernando se apresuró á ocultar en su maleta los últimos objetos, compuso su caballo desordenado, procuró borrar de su rostro las últimas huellas de sus lágrimas, y abrió al que llamaba. Era su padre, que le dijo con emoción:

—¡Buenos días, hijo mío! ¿cómo has dormido esta noche?

—Bien, padre mío, dijo Fernando ruborizándose ligeramente al tener que decir una mentira á su padre.

—¿Has arreglado ya tu maleta de viaje?

—Sí, padre mío.

—¿Has puesto en ella el despacho del señor Virrey, y el pabel en que apuntaste el nombre del pueblo donde vas y el del capitán de tu compañía?

—Esos papeles los llevo en mi cartera para más seguridad.

—¿Y el dinero?

—Aquí, dijo el joven extrayendo de su gabán un bolsillo lleno de oro; además de las monedas de plata que tengo conmigo.

—Está bien, dijo el hacendado; con ese dinero te alcanza para los gastos del viaje y para tus necesidades durante algunas semanas, mientras envío más á mi hermano para que te entregue.

—¡Mil gracias, padre mío!

—Pues ahora ya todo está listo, y es tiempo de que partas.

—¿Han ensillado ya el caballo?

—Sí, y llevas el mejor y más fuerte que hay en la hacienda.

—¿Es acaso el "Huracán"?

—No, porque está enfermo de la vista hace algunos días, y sería expuesto caminar en él; sólo Gil Gómez se ha atrevido á montarlo en ese estado.

—¿Dónde está Gil Gómez?

—Ha ido á un negocio que le he encargado, dijo Don Esteban.

—¡Oh! ¡padre mío! lo ha querido Ud. alejar de mí en este último instante.

—Pues bien, así ha sido, porque considero imposible que ese niño, pueda sufrir el verte partir.

—Pero ¿le dirá Ud. que me he acordado de él hasta el último momento? exclamó el joven enternecido.

—Le diré todo, y durante tu ausencia

no haremos otra cosa que hablar de ti, que rogar al Señor por tu felicidad, que esperar tu vuelta, hijo de mi corazón, exclamó el hacendado casi entre sollozos. Nada tengo que añadir á lo que ayer te he dicho: hazte digno de la estimación del mundo, aprende á luchar con las circunstancias y á vencerlas, piensa mucho en mí, y ya sabes, ya te he dicho el premio que te guarda á tu vuelta.

—¡Clemencia!

—Sí, Clemencia y el amor de tu padre; ahora abrázame por último, toma tu maleta y párate.

—¡Adiós, padre mío! y dé Ud. mi adiós á mi hermano.

—¡Adiós, hijo de mi vida!

Y los dos, después de haberse abrazado se separaron.

Fernando, en vez de seguir la ruta que debía sacarle al camino real, quiso hacer un pequeño rodeo para pasar por detrás de la casa de Clemencia, acaso para verla por la última vez; pero la puertecilla del jardín estaba cerrada y al través del enverjado no se distinguía ninguna persona en él.

Por consiguiente, el joven no vió á Clemencia, que oculta detrás de un bosquecillo, le siguió con la vista durante algún tiempo hasta que le hubo perdido.

—Y ahora, exclamó la niña con acento

desgarrador, tendiendo los brazos en la dirección en que el jinete había desaparecido; ahora, amor mío, ¡adiós! ¡adiós! ¡adiós para siempre!

Y al decir estas palabras, cayó desmayada sobre el frío y duro suelo del jardín.



SEGUNDA PARTE.

CAPITULO VII

DEL VENTAJOSO CAMBIO QUE HIZO GIL GÓMEZ
CON UN RELIGIOSO
DE LA ORDEN DE SAN FRANCISCO.

Si el lector recuerda lo que le hemos dicho acerca del intenso amor que Gil Gómez profesaba á Fernando, le parecerá ciertamente muy inverosímil la manera tan sencilla con que fué alejado al tiempo de la partida del joven teniente; pero esta inverosimilitud cesará para el lector cuando sepa dos cosas: la primera, que Gil Gómez había formado su plan, que consistía en seguir á Fernando y servir